

Globalización, lenguaje y poesía

Piedad Bonnett Vélez

Globalización es una palabra de moda. Como tantas otras que saltan a la palestra después de haber sido acuñadas por una disciplina, muy pronto el periodismo la simplificó y popularizó y una vez en la jerga cotidiana, se hizo un lugar común, de esos cuyo sentido crea aparente consenso a costa de limar sus aristas y sus matices. Esa cierta repulsa que causa el recurrente manoseo del término no implica, sin embargo, que aquello que nombra no exista ni afecte nuestras vidas.

Para muchos la globalización es, simplemente, la nefasta consecuencia de un imperialismo, el norteamericano, cuyos modelos económicos y de vida, al expandirse hasta los lugares más remotos, amenazan con destruir todo rasgo de identidad local, uniformando el gusto e imponiendo un modelo consumista. Para decirlo de manera gráfica, Coca-Cola en China, McDonald's en Tahití, tenis Reebok en una aldea peruana o una película de Spielberg en un hogar campesino colombiano. Como han anotado algunos teóricos, esta forma de interpretación resulta simplificadora, pues el fenómeno de la globalización habla de un hecho más universal y más complejo, el de la infinita expansión capitalista — que no es patrimonio tan solo de los Estados Unidos — y su lógica de los mercados, apoyada por una revolución en las comunicaciones que ha determinado una nueva configuración del mundo en la mente del hombre contemporáneo.

Si la globalización es en sí misma perversa o positiva no es algo que se pueda establecer fácilmente, porque el corazón mismo del fenómeno está habitado por la paradoja. El acceso a la información, por ejemplo, se ha democrati-



Anibal Vallejo. *Tracey Emin's Bed*. Acrílico, bordado manual y patchwork sobre lienzo. 150 x 120 cm. 2011

zado, con todo lo que esto implica en terrenos como el de la educación y la recreación. Como en otro momento de la historia lo hicieron el teléfono, la aviación y el telégrafo, hoy la televisión, las redes electrónicas e internet, han cambiado las nociones de tiempo y espacio. En nuestra casa, mientras desayunamos, podemos ser testigos del derrumbe de las torres gemelas, del asesinato de un líder palestino o de un terremoto en Japón. Así, lo instantáneo erige su imperio: como ya han señalado algunos, el ritmo que se impone es el del videoclip. La superficie antes que la hondura, los hechos en vez del análisis. La avalancha informativa, la sobreoferta, y el estímulo permanente de la publicidad, con su movimiento continuo, son

desencadenantes del vértigo visual y auditivo, de la pasión por la actualidad y el desdén por el pasado, de la fragmentación, la desmemoria y, a la postre, de la trivialización que sufre la realidad en manos de las redes de información. Unos hechos aplastan a otros, los desdibujan, creando el “bazar psicodélico” del que habla Daniel Bell.

El aturdidor ruido de imágenes y palabras que giran como en un calidoscopio infinito cambia, necesariamente, la visión de mundo del hombre de hoy, que se inclina a creer que nada es fijo, que no hay centro, ni jerarquías, ni verdades, ni valores absolutos. El individualismo se acentúa y los significados compartidos, la conciencia de pertenecer a comunidades con un pasado constituido y una tradición que da cuenta de ese pasado se desvanecen. Se impone el relativismo, y todo se supedita al sentido práctico y no a una ética universal.

4

Pero algo más: nuestra representación del mundo comienza a depender, en buena medida, de los medios de comunicación masiva. Sus lenguajes “crean” la realidad, la suplantán, instauran un mundo, ya no de hechos sino de interpretaciones. José Joaquín Brunner, en su libro *Globalización cultural y posmodernidad* cita las palabras de Nietzsche, perfectamente válidas en los tiempos actuales: “El mundo verdadero, al final, se ha convertido en fábula”. Borges, ese visionario de la posmodernidad, llevó a sus últimas consecuencias esta afirmación nietzscheana en el cuento titulado “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”: allí muestra, con fina ironía, cómo el hombre, en su afán de comprender un universo cuyo orden escapa a su inteligencia, construye, a través del lenguaje, incontables sistemas que desde su rigor constructivo intentan crear otro orden, que termina por ser fabuloso, por usurpar la realidad. “Una vez que el mundo se vuelve pura ‘cultura’ ya no tiene un detrás: solo hay superficies, textos, lenguajes, imágenes interpretables”, concluye Brunner.

A la profusión verdaderamente escandalosa de imágenes y textos contribuye, por supuesto, la industria cultural, regida como está por las leyes del mercado. La oferta editorial, por ejemplo, puede asemejarse a una boca monstruosa que arrojava permanentemente toda clase de productos, con un control de calidad mínimo. Se escriben libros en semanas, en días, en horas. Como en algún momento en *El Quijote*, todo el mundo está escribiendo un libro o en trance de escribirlo: abandona un político o un policía su cargo y escribe su testimonio; un mayordomo es despedido y construye un libro con chismes de alcoba; muere una actriz y de inmediato hay quien escriba su biografía. El sacerdote y el cultivador de orquídeas, el ama de casa y el médico, el maestro y el exguerrillero, quieren convertir en libro su experiencia. George Steiner, en *Lenguaje y silencio*, plantea así el problema:

Vivimos en una cultura que es, de manera creciente, una gruta eólica del chismorreo; chismes que abarcan desde la teología y la política hasta una exhumación sin precedentes de las cuitas personales (la terapia sicoanalítica es la gran terapia del chismorreo). Este mundo no terminará en llanto y crujir de dientes sino en un titular de un periódico, en un eslogan, en un novelón soez más ancho que los cedros del Líbano. En el chorro abundante de la producción actual, ¿cuándo se convierten las palabras en palabra? ¿Y dónde está el silencio necesario para escuchar esa metamorfosis?

Como en la biblioteca borgeana, el universo bibliográfico aspira hoy a una infinitud donde caben “la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero”, etc. Incontables volúmenes que comprenden tanto el *best seller* como el estudio filosófico o científico, el panfleto periodístico como la última novela de un reconocido escritor, son ofrecidos a un lector que



Anibal Vallejo. *Sin Título #541*. Acrílico sobre lienzo. 150 x 300 cm (tríptico). 2018

naufraga en un pantano de desinformación o, lo que es peor, de información tendenciosa.

Una atroz dicotomía se produce hoy en la cultura: por un lado, las diversas disciplinas, cada vez más febrilmente especializadas, producen un sinnúmero de códigos técnicos al que no tienen acceso sino unas minorías que poseen sus claves y secretos; y, por otro lado, la masificación en las comunicaciones trae como consecuencia una simplificación del lenguaje que raya con la peor pobreza imaginativa. En la encrucijada, y sometidos a las presiones del mercado, muchos escritores sacrifican la complejidad de sus lenguajes con la secreta esperanza de obtener públicos masivos. O se pliegan a las exigencias de ciertos editores que esperan un lenguaje neutro, desprovisto de registros locales, que garantice una circulación no problemática del texto en otras latitudes.

La globalización, hay que aceptarlo, es otra etapa del capitalismo, en la que prevalece un espíritu hedonista que es consecuencia de la producción en masa y que redundará en una fie-

bre consumista generalizada. En una sociedad de estas características es apenas natural que se dé una vulgarización cultural. Es Brunner, otra vez, el que mejor sintetiza lo que ocurre: lo que se elige — dice — “no es Kant sino Madonna”. Es claro, por ejemplo, que con la cobertura masiva del cine y la televisión ha emergido una nueva clase, la de las estrellas, con su iconografía sagrada y su inmenso poder económico. De nuevo el fenómeno tiene dos caras. Para Brunner, “[...] las pautas jerárquicas de la distinción cultural [...] no se vienen abajo con eso, sino que solamente se entrecruzan de una manera más variada y plural, sustituyendo las simples oposiciones entre alto/bajo, elitario/masivo, por nuevas y múltiples diferenciaciones [...]”. En efecto, el arte y la literatura tienden ya desde hace casi cien años a la mezcla, a la “impureza”, al saqueo, a romper la categórica división entre arte culto y arte popular, lo cual implica su necesaria y sana democratización.

Sin embargo, no podemos negar que esta vulgarización cultural, al estar, no en manos del

artista sino del divulgador masivo o de la farándula, termina en un arrinconamiento de la llamada alta cultura, que queda como reducto exótico de una minoría. La cual se apertrecha en la academia y en las publicaciones especializadas, mientras se multiplican las publicaciones masivas que se ocupan de lo meramente coyuntural, del chisme o la noticia espectacular.

Ahora bien: es evidente que en las sociedades globalizadas la palabra escrita ha dejado de tener poder. George Steiner lo plantea de este modo: “[...] el sonido musical y en menor medida la obra de arte y su reproducción empiezan a ocupar en la sociedad culta un lugar que antes estaba firmemente sostenido por la palabra”. El papel del poeta en nuestra sociedad y en la vida de las palabras se ha reducido bastante. “¿Significa esto” —se pregunta— “que debemos abandonar a la jerga analfabeta o a la pseudociencia, esos ámbitos decisivos de la inquisición histórica, moral y social donde la palabra debería mantener su señorío?”.

La posible respuesta a Steiner debe ser planteada, primero que todo, como una responsabilidad con y desde el lenguaje. Pues el poeta está obligado a encontrar la forma de expresión que refleje de manera más honda y significativa la realidad en que vive. En cada momento de la historia literaria los escritores han respondido directa o tácitamente a esta inquietud, que vuelve periódicamente a replantearse como motivo de reflexión. ¿Cómo asumir, pues, la palabra, en un mundo globalizado donde acecha un doble peligro, el de una cultura popular unificada y condicionada por las exigencias de la sociedad de consumo, y el de un mundo fragmentado donde todo se relativiza? A pesar de los cambios fundamentales que el tiempo ha traído consigo, algunas propuestas de la modernidad siguen teniendo vigencia. Una de ellas es la de Baudelaire, quien formuló “una teoría racional y estética de lo bello, opuesta a la teoría de lo bello único

y absoluto”. Según esta, lo bello está formado por un elemento eterno, invariable, cuya cantidad es sumamente difícil de determinar, y por un elemento relativo, circunstancial, que será, si se quiere sucesiva o simultáneamente, la época, la moda, la moral, la pasión.

Aplicada al mundo de hoy, esta teoría rebate el relativismo absoluto al que conduce la globalización, y equivale a una conciliación entre los lenguajes plurales (el elemento relativo y cambiante) y un léxico universal que exprese una belleza y una ética universales, unas significaciones compartidas. Pues ese “elemento eterno” del que Baudelaire habla, salva a la realidad de su condición de mero movimiento fugaz, y presupone que cosas y hechos tienen una naturaleza intrínseca.

También algunos gestos de las vanguardias conservan su sentido y pertinencia; ellas dejaron de confiar en el lenguaje y en su capacidad de fundar un mundo de absolutos. Guillermo Sucre, el certero crítico peruano, nos recuerda que en la modernidad todo problema, teológico o filosófico, se vuelve un problema lingüístico. La literatura de hoy entraña “Pasión por el lenguaje y rebelión contra el lenguaje”. La poesía, nos dice Sucre, se ha vuelto escéptica de sí misma. Esa conciencia de la precariedad del lenguaje hizo que la literatura se ocupara en el siglo xx de dar cuenta de esta crisis en el texto mismo. Aunque el experimentalismo a ultranza del que se valió la vanguardia es hoy por hoy casi inexistente, el texto contemporáneo no agota el tema de su propia angustia, que en la poesía se manifiesta a menudo como una abierta vocación de silencio. En su poema “Balance”, José Emilio Pacheco dice:

*En aquel año escribí diez poemas:
diez diferentes formas del fracaso.*

Y Blanca Varela:

*Un poema
como una gran batalla*

*me arroja en esta arena
sin más enemigo que yo
yo
y el gran aire de las palabras.*

Frente a la profusión, la turbulencia, el incesante movimiento de construcción y destrucción de la sociedad global, el poema busca asideros: a menudo se apertrecha en la austeridad, la desnudez, la transparencia, como asqueado de la fertilidad verbal que asfixia por exceso. O la poesía, como anotara Paz, está más cerca del habla que del discurso reflexivo y analítico. Busca las inflexiones del habla, la libertad de la conversación. Y por tanto está en la obligación de penetrar en ella, descubrir su riqueza o potenciarla.

En un discurso dado en 1943, T. S. Eliot afirmaba:

Es mucho más fácil pensar que sentir en un idioma extranjero. Por tanto, no hay arte más porfiadamente nacional que la poesía. Es posible despojar a un pueblo de su idioma, suprimírsele, e imponerle otro idioma en las escuelas; pero, a menos que se le enseñe a sentir en un idioma nuevo, el viejo no habrá sido erradicado y reaparecerá en la poesía, que es el vehículo del sentimiento.

Conviene recordar estas palabras en tiempos en que la sociedad global conduce al desvanecimiento del sentido de las tradiciones de los pueblos. Estas solo tienen un sustento verdadero: la lengua. Es la lengua la que proporciona un sentido de identidad, y es con ella con la que el poeta debe comprometerse, ampliándola, punzándola, bebiéndola.

El compromiso con la lengua equivale a un compromiso del poeta con la historia, con su historia. El poeta no es un técnico, que se regodea en las formas por ellas mismas, sino que se vale de ellas para comunicarse con lo más hondo del espíritu de su tiempo. Solitario y solitario, el poeta ya no es sacerdote ni político.

Su aura, como señaló Benjamin, quedó aplastada por los carruajes del París baudelairiano.

En “El poeta asesinado”, Guillaume Apollinaire escribió:

La verdadera fama ha abandonado a la poesía para volverse a la ciencia, la filosofía, la acrobacia, la filantropía, la sociología, etc. Los poetas no sirven hoy para nada mejor que para recibir un dinero, que por lo demás, no ganan, ya que casi no trabajan y porque la mayoría de ellos [...] no tienen el más mínimo talento y en consecuencia no tienen perdón alguno. [...] Todas esas gentes no tienen ya derecho alguno a la existencia. Los precios que se les conceden les han sido robados a los obreros, a los inventores, a los eruditos, a los filósofos, a los acróbatas, a los filántropos, a los sociólogos, etc. Los poetas tienen que desaparecer incondicionalmente. Licurgo los había desterrado de la república; hoy que desterrarlos de la tierra.

Con humor amargo, el poeta francés señala la situación cada vez más difícil de los intelectuales en el capitalismo. Por esos mismos tiempos Kafka escribía su “Artista del hambre”. Al poeta, hoy, ya ni siquiera le queda la coartada del malditismo o el camino de la autodestrucción. Obligado a sobrevivir en una sociedad para la que bien poco significa, le queda una única posibilidad: la de su independencia espiritual. Su tarea es humilde, pero definitiva. Como dice Adolfo Castañón de la poesía: “limpiar el lenguaje de adornos y herramientas, usos e intereses creados, es, parece ser, su misión”.

Piedad Bonnett es poeta, narradora y ensayista. Leyó el presente ensayo en la ceremonia de posesión como miembro de la Academia Colombiana de la Lengua en 2004. Lo extraemos de *21 ensayos. Una selección de Leer y Releer* (Medellín, Sistema de Bibliotecas Universidad de Antioquia, 2019, pp. 214-222).